



Seix Barral

Teresa Donato

Desaparecida dos veces





Seix Barral

Teresa Donato

Desaparecida dos veces

5 DE OCTUBRE DE 1975
DESPUÉS, LA SOMBRA

*Tantas veces me mataron,
tantas veces me morí,
sin embargo, estoy aquí
resucitando.
Gracias doy a la desgracia,
y a la mano con puñal
porque me mató tan mal
y seguí cantando.*

MARÍA ELENA WALSH, «La cigarra»

Nunca más canté esa canción desde aquel 5 de octubre. La cantábamos siempre con Jorge. Siempre. Éramos un dúo y sin su voz cantarla me destroza el corazón.

En *Mi vida anterior*, la obra de teatro que escribí con Dennis Smith a partir de este libro, él quiso cantarla al final sin saber lo que significaba para mí. Cuando vi la primera función, sentí que era un mensaje de Jorge. Una forma de recordarnos que existió y que, aunque breve, nuestro amor es eterno. Una forma de decirme: «Acá estoy, Negrita, volvamos a cantarla juntos».

El sábado 4 de octubre cumplía años Elsa, mi mamá. Ese fue el último día que Carlitos y yo vimos a Jorge y que estuvimos juntos los tres. El último día que fuimos la familia Livieres Massochi con una mamá, un papá y

un bebé de 15 meses. Celebramos el cumple de la abuela Nonoi con un asado en su casa. Nos reunimos algunos de sus hijos, nietos y yernos. Estaba Augusto, que vivía con mamá porque tenía 12 años; mi hermana Mónica, que había venido con su familia desde Formosa; mi hermana Gachi, que vivía en casa porque su bebé recién nacido estaba internado en Corrientes; Novillo, su marido, que había viajado desde Rosario; Jorge, Carlitos y yo. Creo que mis hermanos Néstor y Carlos vivían en Buenos Aires o en algún destino donde los había enviado la Prefectura y no recuerdo si estuvieron. No era fácil reunirnos a todos. Pero no puedo poner las manos en el fuego porque pasaron cincuenta años. De hecho, mi sobrino Emiliano, hijo de Néstor, cuenta que su papá les habló mucho de ese encuentro familiar que quedó grabado en el corazón de todos. Fue la última vez que vimos a Jorge.

Mi papá nunca habló mucho del tema de la militancia de la tía. Nunca lo charlamos. De lo que hablaba mucho era de cómo había sido el fatídico día en que falleció su cuñado. Contaba que estaban comiendo y que, de repente, Jorge se levantó y se fue. Como que lo llamaron de urgencia. Y después, el desenlace fatal. Todo ese lío.

Cada uno recuerda lo que puede. Y entre todos vamos armando una historia común, porque a todos nos tocó una parte.

Cuando terminó el asado, llevé a Jorge hasta el puente donde tenía que tomar el ómnibus para Resistencia. Iba a encontrarse con otros compañeros para viajar juntos al destino fijado por la Organización. Al menos, eso entendí.

En ese entonces, yo no conocía detalles del operativo, y tampoco ahora, porque no quise ni quiero leer sobre ese tema. No quiero saber más de lo poco que sé. Jorge me dijo adónde iba y qué iban a hacer. Aunque no debería haberme dicho nada. Ni siquiera a mí, su esposa. Así que lo llevé a su destino y volví a casa de mi madre. Tengo la imagen de Carlitos chiquito, agarrado de la pierna de su papá sin querer soltarlo, como si hubiera sabido que era la última vez que lo veía. Yo creía que era una despedida más, como tantas otras.

Éramos dos militantes que estábamos haciendo lo que sentíamos que teníamos que hacer. Nadie nos obligaba a nada. Ahora me duele el corazón cuando recuerdo a Carlitos bebé caminando con Jorge y conmigo de la mano, dando sus primeros pasitos. Una imagen, siempre la misma, que me esfuerzo en recordar desde ese día, porque no tengo fotos de esa familia que fuimos. Es terrible todo lo que me viene ahora al evocar la imagen de esa despedida, ese instante en que íbamos a empezar a ser yo viuda y mi hijo, huérfano. Siento la misma tensión y la misma angustia que sentí ese día. Creo que poder hablar y escribir este libro es fundamental para permitirme elaborar lo que cincuenta años atrás fue imposible. Estoy viva y ahora puedo llorar, puedo hablar y también transmitirle mi historia a mi hijo Carlitos, a mis sobrinos Natalia, Barbarita, Martín y María Laura, y, en su nombre, a todos los demás hijos y nietos que tienen un padre o un abuelo desaparecido, y también a quienes no.

Nosotros teníamos un ideal y el coraje para llevarlo adelante. Pero a veces me pregunto quién nos mandó.

Nadie. Nos mandamos nosotros. Con todo.

Ese sábado me quedé a dormir con Carlitos en la casa de mi mamá. A nadie le llamó la atención. Jorge viajaba mucho por su trabajo. Su familia tenía una inmobiliaria y una concesionaria de autos usados, y él trasladaba coches a otras ciudades o provincias. Con eso justificaba muchas cosas, especialmente su ausencia en los encuentros familiares. Mi familia no tenía idea de lo que nosotros hacíamos. Mi mamá estaba chocha de que yo me quedara a dormir en su casa con Carlitos y sin Jorge: para ella era mejor cuando él no estaba. Yo vivía en un estado de tensión permanente, porque fingir cansa muchísimo. Teresa me pregunta si esa noche me tomé un Valium (el clonazepam de la época) para poder dormir, pero eso no existía para mí, era cosa de burgueses. Ni vino tomaba en ese tiempo.

Yo sabía que al día siguiente Jorge iba a copar el Regimiento de Infantería de Monte, en Formosa. Sabía que iba a participar de la Operación Primicia. Esa noche me quedé cortando clavos. La casa de mi mamá era el lugar más seguro: si algo fallaba, yo no podía estar en mi casa. Mientras le cuento esto a Teresa se me estruja el estómago. Imagino que es lo mismo que sentí en ese momento. Me sentí peor cuando se hizo de día. Pasé todo el domingo en casa de mamá sabiendo qué estaba haciendo Jorge. Imaginándolo.

Ya lo habían matado mientras yo comía las sobras del asado del día anterior charlando con mi familia. Pensarlo me hace mal. A la tardecita, me fui a lo de mi querida amiga Silvia para esperar su llamada a las diez de la mañana del día siguiente. Salí de lo de mi mamá con Carlitos en brazos.

—¿Mañana venís? —me preguntó mi mamá.

—Después te llamo —sin más explicaciones.

El lunes 6 de octubre Jorge no llamó a la hora que habíamos pactado.

El domingo 5 de octubre Ana María me pidió quedarse a dormir en mi casa. Vino con Carlitos, así que le di mi cama y yo dormí en un colchón en el piso. La noté rara, nerviosa, y de madrugada la escuché llorar. No pregunté nada. Entre nosotras sabíamos cuándo se podía hablar y cuándo había que callarse. Nuestra amistad no necesitaba preguntas y respuestas. El lunes a la mañana llamó Monona, la mamá de Jorge, para contar que habían allanado su casa. Ana se largó a llorar desconsoladamente; entendió que lo habían matado. Nunca supe que él tenía que llamar a mi casa para avisar que estaba vivo, me entero ahora porque me lo cuenta Teresa, también de que Monona llamó desde Asunción. A mí siempre me pareció raro que llamara por teléfono desde su casa en Corrientes mientras la estaban allanando. Saber esto nos hace bien a todos porque nos quita muchas dudas y despeja culpas.

Cuando cortó, Ana María me pidió que la llevara en mi Fitito celeste a un barrio humilde de la ciudad y me ordenó que no mirara hacia dónde caminaba cuando se bajara del auto. La dejé con Carlitos donde me dijo y volví a mi casa. No recuerdo haber sentido miedo. Estaba haciendo lo que tenía que hacer. Ana María era y es una gran amiga. Sentía una angustia enorme por ella, pero no por mí.

Leer lo que recuerdan quienes me acompañaron es emocionante para mí. Son distintas piezas de un rompecabezas, una especie de memoria colectiva. Yo no recor-

daba que Monona me había llamado desde Paraguay. Solo que Jorge no llamó ese día, ni otro, ni nunca. No llamó nunca más.

Mi papá no pensó en afiliarse a un movimiento para copar un regimiento, él pensó en sumarse a un movimiento político para luchar contra el fascismo y la dictadura. Es un rompecabezas para mí, con una serie de elementos importantes que aisladamente no alcanzan a explicarme nada.

Pienso que mi papá, al igual que mi abuelo y mi tío Pocho, tenían mucho coraje para bancarse las elecciones que hicieron y las consecuencias que les trajeron esas decisiones. Mi papá tenía 23 años cuando murió; mi mamá tenía 24 cuando nací yo y creía que ya era tarde para ser madre. Se sentía vieja. Si eran grandes para ser padres, también lo eran para tomar un regimiento. Hoy le pediría que no lo haga. Desde mi punto de vista, no había chances de que saliera bien.

Supe que Jorge había muerto. No dudé. No había llamado porque estaba muerto. Por suerte, demoraron en publicar la noticia de lo que había pasado en Formosa y eso me dio tiempo. El Ejército, la policía, todo el mundo estaba nadando en el aire, no solo nosotros no entendíamos nada. Cuando digo «nosotros», me refiero a la Organización. Yo pasé por barreras de la policía y no tenían ni idea... Nosotros éramos unos quesos, pero ellos estaban igual. La Operación Primicia fue una sorpresa para todos.

Yo tenía 12 años cuando Jorge murió. Yo quería ser como él. Lo vimos en casa de mi mamá un día antes de que muriera. Después, pasó lo que pasó. Fue un shock muy fuerte

para todos. Los grandes se preguntaban qué hacer, qué decir. Yo no les creía, hasta que Ana María apareció en casa y lo confirmó. La muerte de Jorge enojó a la familia. Después de un tiempo, escuché que murió en un enfrentamiento. Mi hermana Mónica, que era más formal, estaba un poco enojada. Sentía que Jorge había hecho todo a escondidas. Que tenía una vida paralela. Gachi, mi otra hermana, vivía en Rosario con su marido Jorge Novillo, que también era de Montoneros. Pero esto lo sé ahora, en ese momento no lo sabía.

La policía llegó a casa, creo que el lunes a la noche, querían saber si mamá era «adiestradora» de guerrilleros. Buscaban libros, revisaron todo. Vinieron con un perro. Sentí mucho miedo porque estábamos solos mi mamá y yo. Fueron muy violentos y arrasaron con todo.

Cuando salió la noticia en el diario, en el colegio el problema no fueron los chicos, sino los grandes: yo sentía que las maestras y los curas me miraban raro. No me decían nada, pero me sentía observado. Nadie me habló ni me dijo nada, no hubiera permitido que alguien me hablara mal de Jorge. Yo lo quería mucho. Nadie me agredió, hubo respeto por parte de los chicos. El problema eran los adultos. La gran pregunta era: «¿Vos sabías?».

De golpe a mi mamá nadie le dio bola en la ciudad, solo la gente querida que la conocía de verdad, los amigos en serio, que nunca se borraron ni le dieron la espalda. Nos cobijamos en esas familias amigas. A Carlitos había que cuidarlo. Mi mamá estaba muy ocupada con el trabajo y yo trataba de apoyarla. Trataba de ir al colegio, hacer mis cosas y no sumarle ninguna carga.

Yo tampoco sabía. Sorprendió a toda la familia. Sabía que mi hermana militaba, pero ya hacía dos años que me había casado y vivía en Formosa. No entendía nada. Tampoco entendía por qué mamá no le decía nada, imagino que ya estaba cansada. Recuerdo que ese 4 de octubre, cuando comimos el asado en casa de mamá, Jorge se arrimó a nosotros y le dijo a mi exmarido: «Esta es la última, cuñado». Recién ahora se lo conté a Ana María por teléfono. Este libro hace que nos digamos cosas que nunca nos dijimos. Con todo lo que le pasó, no estábamos para ahondar en detalles de ese tipo en aquel entonces.

Ese día yo no entendía nada, porque cuando hay criaturas tenés que estar siempre encima de ellos. Ana María es la madrina de mi primer hijo y yo soy la madrina de Carlitos. Cuando volvimos a Formosa aquel domingo a la noche, no se podía entrar a la ciudad. Se empezó a escuchar en la radio lo que había pasado. Al día siguiente, me vinieron a buscar a mi casa. A mí, Mónica Massochi. Mi exmarido los hizo pasar para que vieran que estaba amamantando a mi hijo y que no podía salir. Fue él a reconocer el cuerpo de Jorge. Yo solo le pedía a Dios y a María Santísima que mi hermana estuviera viva. Estaba muy preocupada por ella y por mi ahijado. Mi exmarido me contó que Jorge estaba desfigurado. No me dijo mucho más, los varones hablan con monosílabos, sin detalles. Cuando volvió me dijo que no hablara ni una palabra del tema con nadie porque si nos salvábamos era de pedo. Por eso, cuando vino mi mamá con la hermana de Jorge y el coche fúnebre para buscar el cuerpo, él no me dejó acompañarlas. Ellas se manejaron solas y me pareció muy bien. Para hablar por teléfono con mi mamá tenía que ir a la telefónica. Estaba muy preocupada y quería saber cómo estaban Augusto y Gachi, ¡ay, Santa María! Yo

vivía en un barrio alejado, no estaba en el centro de Formosa, y tenía que ir con la criatura a cuestras. Además, era *top secret*, porque mi exmarido no quería saber nada.

Cuando pasó lo de Jorge yo estaba viviendo en Corrientes porque mi hijo había nacido con una obstrucción intestinal y estuvo internado siete meses. Mi marido vino a visitarnos desde Villa Constitución, Santa Fe, adonde nos mudamos, porque él trabajaba en Acindar. Sonó el teléfono y atendí. Era Carlos, Pocho Livieres:

—Gachi, ¿qué sabés de Jorge?

—¿Por? El sábado estuvo comiendo un asado en casa...

—Parece que está en terapia intensiva.

No volví nunca más a la casa donde vivíamos con Jorge y Carlitos desde que salí aquel 4 de octubre para festejar el cumpleaños de mi mamá. Recuerdo que dejé una camiseta en remojo con jabón blanco porque tenía una mancha de vino. Quedó ahí para siempre. Teníamos un jardín adelante y otro atrás, dos habitaciones, un living y una cocina comedor grande, con ventanas, alquilábamos una casa confortable. Yo me había empeñado en decorar la habitación de Carlitos. Siempre me preocupé por que su cuarto fuera lo más «normal» posible en cada lugar donde vivimos. Había leído que el violeta es un color que los niños reconocen fácilmente. Por eso, le compré un póster con un búho violeta enorme. Carlitos entraba al cuarto y lo reconocía, y yo me ponía contenta. Quería que lo reconociera como una forma de recordar la vida que había tenido con su mamá y su papá juntos, como si poniendo un póster de un búho violeta hubiera podido lograr que

un bebé de pocos meses fijara esos días para siempre en su memoria. Los únicos con su papá. Los únicos en que fuimos tres. Pero no lo logré. Tere me pregunta si quería que él recordara su cuarto porque sabía que íbamos a vivir poco tiempo en esa casa. Debía intuirlo, nuestra vida era movida. Qué sé yo...

De mi papá y mi mamá juntos no tengo ningún recuerdo, y solo quedaron dos o tres fotos. Nuestra vida quedó en la casa donde vivíamos y cuando fue allanada arrasaron con todo. Mi mamá no pudo ir a buscar nada. Además, era una casa alquilada. Cuando era pendejo tenía lo que sería «un recuerdo», pero era una fantasía, porque en el recuerdo me veo como de 5 años. Lo deduzco por cómo caminaba y hablaba. Me veo entrando con mi papá a un lugar donde se comían cosas, no era ni un bar ni una confitería, era en una esquina. Entrábamos y pedíamos esa leche chocolatada que venía en una caja triangular que me gustaba mucho. Tere me dice que era marca Las Tres Niñas, que ella también la tomaba, y que esa leche era un lujo. Aunque andá a saber, porque la memoria, como estoy demostrando aquí, no es una verdad absoluta. En el recuerdo, una persona que también está en la escena, pero que no me acuerdo de quién es, se ríe por un comentario que hago. Me veo como subido a una banqueta junto a la barra. Evidentemente, no es algo que ocurrió, porque mi papá murió cuando yo tenía 15 meses, y ese niño que recuerdo tiene como 5 años, toma leche chocolatada y se sube solo a una banqueta alta.

Hay días en que Teresa insiste e insiste: quiere conocer al detalle los últimos días de Jorge. Al principio quisiera mandarla a la mierda, pero reconozco que sus pre-

guntas me dejan pensando y me llevan a lugares a los que hace décadas no voy. Ella va removiendo capas y capas de cemento que fui poniendo para seguir en pie. A veces, me arrepiento de haberle pedido que escriba este libro. La trato mal para que me mande a cagar y abandone, pero ella sigue. También siento miedo: que se sepa quién fui no me resulta fácil. Temo las consecuencias. Siento ahora de grande todo junto el miedo que no sentí de joven. Viendo para qué lado va el mundo, me sobran motivos para sentirme incómoda. No por nada me olvidé de mi vida anterior durante casi cincuenta años.

Unos días antes de lo de Formosa, notaba que Jorge estaba muy tenso, nervioso. Hasta tengo grabado que un día volvíamos a la casa con Carlitos y discutimos por una pavada. Me di cuenta de que no era Jorge quien estaba discutiendo conmigo.

—¿Qué tenés?

—Nada, me duele un diente.

—¿Seguro que nada más?

Años después, mi amiga Mercedes, que era nuestra dentista, me contó que unos días antes del copamiento le estaba tratando un diente y no lograba que le hiciera efecto la anestesia. Subió la dosis, lo pinchó dos veces, pero no había caso: no lograba anestesiarle la boca. Me imagino lo nervioso que estaba. Él no debería haberme contado, pero la noche del viernes 3, en la cama, le volví a preguntar qué le pasaba.

—Estás extraño.

—Estoy igual que siempre.

—Te conozco, ¿qué te pasa?

—Estoy en el operativo de Formosa.

Ni a él ni a mí se nos ocurrió pensar en que no fuera. Eso puedo pensarlo hoy con mis 74 años, pero en ese tiempo nuestra juventud hacía que no dudáramos ni un minuto: era lo que había que hacer.

Armé una despedida amorosa. Fue la última vez que Jorge y yo estuvimos juntos, pero él ya no estaba conmigo en la cama, ya se había ido al Regimiento. No tenía vida para estar ahí conmigo. La falta de procedimientos democráticos en la Organización era famosa. La acción había sido pensada por la Conducción, por el ala militar de los montos, sin discutir nada ni medir las posibilidades de éxito, y mucho menos las consecuencias. Nosotros no elegíamos ni decidíamos: decidía la Conducción. Tere me pregunta si Jorge se hubiese podido oponer, me hace reír. Como buen oficial militar que era, estaba convencido. Si salía bien, para él era un salto hacia arriba: Jorge era solo oficial y yo ya era oficial segunda, con esa operación hubiera logrado tener un cargo superior al mío. Creo que él esperaba eso.

Mi hermano Jorge tenía una convicción absoluta de que tenía que hacer lo que estaba haciendo. La fe en ese método de lucha era total. Yo tenía 14 años y lo miraba con una profunda admiración porque él estaba convencido. La imagen que yo tengo de Jorge es la de un tipo contento, que hacía ejercicio físico porque tenía algo importante que hacer. Unos días antes de lo del Regimiento, armó un asado en casa de mi madre, donde yo vivía, para despedirse, porque ella viajaba a Paraguay y él también se iba de viaje por unos días. Mi mamá, pobrecita, se castigó toda la vida con una frase que pronunció cuando ya se estaba yendo: «Jorge, vení, quiero darte un beso, porque

ya no te voy a ver más». Fue lo último que le dijo. Y no volvió a verlo nunca más. Desde ese día, cuando nos despedíamos de Monona, la hacíamos enojar recordándole lo que dijo ese día. «¡No pronuncien esa frase nunca más!», nos decía con furia.

Suena el timbre en casa de Teresa y ella se sobresalta como si estuviéramos en los setenta y vinieran a buscarla. Me escucha con empatía, se pone en mis zapatos. Me doy cuenta. Le digo que no sea boluda, que atienda, que debe ser Mercado Libre. No le gusta que le diga boluda, pero como me viene con reflexiones para las que no tengo respuesta, la trato así para intentar desestimar lo que pregunta.

¿Te ocupabas de comprar pósteres violetas para que esa vida se volviera inolvidable y al mismo tiempo custodiabas un embute lleno de armas mientras comían milanesas con puré como una familia «normal» siendo oficiales montoneros? ¿Cómo podías salir a hacer las compras, saludar al diariero y mirar la tele sabiendo que tu casa era un polvorín que podía explotar en cualquier momento y terminar con la vida de los tres?

Por lo pronto, querida Teresa, yo no sabía que tenía un embute en mi casa. Eso lo sabía Jorge y nunca me lo contó. Sobre el resto, qué sé yo. Vivíamos y punto. Sin demasiada vuelta. Además, teníamos veintipico de años, hoy seguramente haría otra cosa. Yo creo que tenía miedo, por ejemplo, cuando salía en moto a pintar carteles. Ahí sí, porque era probable que me llevaran en cana. Pero no temía que entrara alguien a mi casa. No tuve esa conciencia del peligro. Reconozco que vivía en tensión. Conscientemente no, pero por adentro estaba hecha mierda. No

sentía que estaba poniendo en peligro a mi hijo. Aunque, por ejemplo, cuando iba a la casa de mamá, miraba para todos lados para chequear que no llegara la cana, estaba atenta a si me seguían o si había alguien sospechoso en la cuadra. Pero no insistas, nunca se me ocurrió decirle a Jorge «no lo hagas y rajemos». No. Porque tampoco lo pensaba en ese momento. Ya sé que, como mamá, tendría que haber pensado en mi bebé y no en seguir militando. Mi hijo Carlitos piensa lo mismo, a él también le cuesta entender la actitud de su padre y la mía. Pero yo pensaba como Jorge, no como la mamá que imagina mi hijo. Yo era otro tipo de mamá. La que pude. La que quería un futuro mejor para mi hijo y para todos los hijos. Aunque pudiera costarme la vida, como a Jorge.

Me cuesta entender por qué mi papá, casado con mi mamá y con un hijo de 15 meses, hizo lo que hizo. Trato de pensar qué necesitaba internamente como para embarcarse en semejante operación. En *La voluntad*, Caparrós y Anguita sostienen que los montoneros pensaban que iba a ser una acción fácil porque se iban a enfrentar a colimbas que no iban a querer guerra, que los tipos iban a rendirse al primer tiro. Pero reaccionaron defendiendo el Regimiento con uñas y dientes. En el libro apuntan a que hubo un error en la evaluación de lo que sería la defensa.

Yo sentía mucha rabia con los dos, con mi mamá y con mi papá. Estoy muy de acuerdo con los valores que defendían y sostenían, pero me costó muy caro: perdí a mi viejo y casi pierdo también a mi vieja. Me tuve que ir lejos de mi familia. Me gusta mucho San Pablo y me gusta Brasil. Es el lugar donde conocí a mi mujer y donde nacieron mis hijos. Además,

todo lo que tengo hoy es consecuencia de las decisiones que tomaron mis padres. Pero ellos no me preguntaron si estaba de acuerdo. Es una exageración, pero me hubiera gustado que me lo preguntaran.

Me daba mucha rabia que hubieran hecho cosas tan arriesgadas sin pensar en mí. Entiendo el momento, la sociedad, los ideales, pero ¿no se dieron cuenta de que yo me iba a quedar solo? Cuando hablé de esto con mi vieja me explicó que lo hacían también por mí, en el sentido de luchar por un futuro mejor para el país en el que yo iba a crecer. Se arriesgaban por una solución colectiva. Hubiera preferido tener una mamá y un papá que jugaran conmigo con el baldecito en la playa. Pero nunca apunté a mi mamá con el dedo por esto. Soy un sobreadaptado, no me quedó otra. Siempre entendí. Pero me salió muy caro. Hubiera preferido tener un padre vivo en lugar de un padre héroe.

Cumplir 23 años fue muy difícil para mí. Él se murió a esa edad y yo pensaba: «¿Me tengo que morir o puedo seguir viviendo?». Mis hijos son más libres. Con 12 años, yo le hacía el desayuno a mamá porque trabajaba de noche y se despertaba tarde. Mis hijos no tienen que cuidar a su mamá. Tuvieron una infancia y una adolescencia mucho más tranquilas. Yo estaba preocupado por sobrevivir. Además, no podía pelearme con mi mamá. ¿Adónde iba a ir? No tenía a nadie. Fue difícil, éramos nosotros dos y estábamos en el mismo bote. Me sentía limitado. Apretado. Esto siempre me costó mucho porque con tu vieja y con tu viejo tenés confrontación, pero cuando tu viejo es un héroe es muy difícil pelearse.

Hoy creo que hubiera sido mejor que Jorge no fuera a Formosa, tengo conciencia de todo lo que perdimos, unos

y otros, de un lado y del otro. Después de su muerte, se puso todo muy pesado. Yo pensaba que había que parar y quedarnos quietos.

«Nos encontramos en cinco años», les dije varias veces a los compañeros. Pero no.

Lo de Formosa fue terrible. Los montoneros mataron a conscriptos, chicos muy jóvenes que estaban ahí porque les tocó. Jóvenes de un lado y del otro. Lo único que sé —lo supe después— es que Jorge entró al Regimiento en un auto con otro compañero y su objetivo era «silenciar» un fusil ametralladora pesado. Jorge «silenció» a quien tenía el fusil, pero él también fue «silenciado» en ese mismo momento. No sé si Jorge intentó explicarle al guardia que se rindiera. «Dale, rendite, dejanos entrar, nos llevamos unas armas y nos vamos». No lo sé.

Mi papá, Carlos, fue prefecto mayor. Para mí los montoneros son tan asesinos como la fuerza. Livieres murió en un destacamento. Fueron a matar a chicos de su misma edad. Eran unos pobres cabos muertos de hambre. La gente de la fuerza también era inocente y moría en medio de una guerra que no tenía sentido para los dos lados. No me parece que haya sido una decisión sabia por parte de mi tía, sabiendo lo inteligente que es. Ella estaba capturada por los ideales, por el amor, por querer realmente cambiar las cosas. Para mí es muy absurdo.

Yo quisiera explicarle a mi sobrina que no éramos iguales. Por muchos motivos. Quien comete un delito merece ser juzgado, no desaparecido.

Algunos de los que participaron de la Operación Primicia pudieron salvarse y hasta se tomaron el avión que los

estaba esperando en el aeropuerto de Formosa, que estaba bajo control del resto de los compañeros que formaron parte de la acción. Desde el punto de vista de la Orga, la operación fue exitosa, pero estaba todo el mundo hecho mierda y en pocos días acabaron con la Columna Nordeste, que pagó las consecuencias. Tengo la sensación de que mataron a toda la Conducción, pero es una suposición, porque nunca más volví a hablar con nadie. La Organización no lo dice, o al menos yo nunca escuché nada al respecto, pero para mí fue un fracaso. Rotundo. En lo personal y en lo colectivo. Nada fue igual después de ese 5 de octubre, para mí, para los demás, para el país. En *Evita Montonera* titularon: «Formosa, victoria del ejército montonero».

Siempre defendí a mi hermana Ana María. Cuando pasó lo de Jorge y todo el mundo supo, yo no tenía con quién hablar. Corrientes era una ciudad muy conservadora y había lugares donde era mejor no decir nada. Aprendí eso desde chiquito. Sabía cuándo estaba con gente con la misma onda o que pensaba como yo. Pero cuando alguien defendía a los militares, le recordaba las cosas que habían hecho y lo hacía callar.

Los Livieres eran los malos de la película. Socialmente, los habían declarado culpables de todo. Para la sociedad, Ana María era víctima de los Livieres. No sabían que ella también formaba parte de lo mismo. Para mí, Jorge y Ana María eran una parejita joven con ideales hermosos, con cosas lindas, con solidaridad y con ganas de ayudar a la gente. Lo de Formosa fue un choque brutal. Desde ese día me dediqué a cuidar a mi mamá. Jorge pagó con su vida. ¿Qué más puedo decir? Mi hermana nunca más volvió a tener una pareja, Jorge quedó ahí como un fantasma, es como todo lo que falta.